

Jesús es el gran Sumo Sacerdote:

Cristo es un sacerdote superior a Aarón (Décima parte)

Cap. 4:14 al 7:28

Por Julio César Benítez.

juliobenitez@caractercristiano.org

Exhortaciones contra la apostasía 5:11 – 6:20 (Octava parte)

Aferrándonos a las promesas inmutables de Dios. 6:13-20. (Parte 3)

La exuberante promesa de salvación. (4 figuras para llevarnos a la convicción absoluta).

El autor de Hebreos continúa en el capítulo 6 desarrollando el gran tema del Sumo Sacerdocio de Cristo, el cual es inmensamente superior al sacerdocio aarónico. De manera que los judíos convertidos al cristianismo, estarían retrocediendo en las bendiciones otorgadas por el Señor Jesús, si decidieran volver al judaísmo. Definitivamente para el autor de la carta, el cristianismo supera con creces al judaísmo.

En este capítulo el autor exhortó a los lectores para que continuaran con su proceso de crecimiento en la doctrina cristiana, les dijo que abandonar los rudimentos de la fe, y prosiguieran conociendo a Cristo. Ellos tenían la responsabilidad de conocer más y más, profundizando en la fe puesta en Jesús.

Luego les advierte que, aquellos que habiendo recibido alguna luz de la doctrina de Cristo y habiendo disfrutado de algunas de las bendiciones del cristianismo, voluntaria y conscientemente rechazan al Salvador, convirtiéndose así en apóstatas, es imposible que para ellos haya oportunidad de arrepentimiento, pues, con su conducta y apostasía, han menospreciado para sí al Santo Señor, ellos se han identificado con los judíos que rechazaron a Jesús y le crucificaron.

Más adelante el autor explica con una ilustración la diferencia espiritual entre los apóstatas e incrédulos y aquellos que son salvos. Los apóstatas e incrédulos son como una mala tierra, en la cual, a pesar de caer la lluvia, solo produce espinos y abrojos. Sus frutos son malos. Pero los creyentes son como la tierra fértil que al recibir la lluvia produce frutos provechosos.

El autor dice que, aunque ha sido necesario amonestarlos de esta manera tan fuerte, debido al descuido en crecer en el conocimiento del Salvador y el peligro inminente de la apostasía, él está convencido de que ellos están produciendo los frutos característicos de

una buena tierra. El amor entre ellos ha abundado, aman a Dios, y esto lo demuestran sirviendo a los santos.

Así que les anima a continuar abundando en esos frutos, que afirman la plena certeza de la esperanza de la promesa salvadora, tal como lo hicieron los héroes de la fe en el Antiguo Testamento. Los cuales, a pesar de los obstáculos y las vicisitudes de la vida, se mantuvieron en fe creyendo en la promesa del Señor.

El autor habla específicamente de la promesa dada Abraham, quien es ejemplo de verdadera fe salvadora, y fue constituido por Dios como padre de los creyentes.

Ahora, la promesa dada a Abraham, es también para los creyentes en el Nuevo Testamento, puesto que ésta hablaba de bendición para todas las naciones, por medio de su cimiento, la cual es Cristo.

Siendo que esta promesa fue dada conforme al santo y eterno designio del Santo Dios, y habiendo sido acompañada de un juramento cuando fue entregada a Abraham, entonces los creyentes debemos tener la plena certeza de que el Señor nos preservará hasta el fin, de manera que no nos vamos a perder ni rechazaremos totalmente al Salvador, sino que él perseverará en nosotros para que la fe nunca se acabe por completo.

En este capítulo el autor nos ha mostrado dos verdades que subyacen en las Sagradas Escrituras: La Soberanía de Dios y la responsabilidad humana.

Aunque no podemos reconciliarlas completamente, estas dos verdades corren paralelas en la Biblia. Dios es soberano en todo, incluso en la salvación del ser humano. Él diseñó el plan para salvarlo, él realizó ese plan, él escogió a los que había de salvar, él determinó los medios para que el hombre llegue a la salvación, él llama al hombre de manera eficaz para que acuda a Cristo, regenera su corazón, él le santifica y le da la gracia suficiente para perseverar hasta el fin, él lo introducirá al estado eterno de glorificación. Cualquier avance que tengamos en nuestra vida cristiana será solo por su gracia, como dice Pablo “*él produce en nosotros el querer como el hacer por su buena voluntad*” Fil. 2:13

Pero las Escrituras Sagradas también nos enseñan que el hombre es responsable delante de Dios. Es responsable en buscar a Dios, en conocerlo, en escuchar la buena nueva de salvación, en arrepentirse, es responsable en confiar en Cristo, en obedecerle y amarle, en bautizarse y usar los medios de gracia, en congregarse, meditar en las Escrituras y conocer más al Salvador, en hacer firme la vocación y elección, en no ser incrédulo y madurar en la fe.

El autor de Hebreos ha dicho a los creyentes que deben avanzar en su comprensión de la doctrina de Cristo, dejando lo básico, y prosiguiendo a lo más profundo, pues, algunas

personas han conocido lo básico de la fe, y han disfrutado un poco del Evangelio, pero luego, por su incredulidad y falta de crecimiento, por su carencia en producir frutos, han regresado, se han vuelto apóstatas y ya no queda oportunidad de arrepentimiento para ellos.

Ellos debían poner toda diligencia en cumplir con su responsabilidad cristiana.

Pero poner diligencia en la vida cristiana, sin tener convicción de las promesas de salvación que el Señor nos ha dado, sin la seguridad de salvación, no es más que moralismo y activismo, lo cual nos equipararía con el judaísmo de la época de Cristo, el cual se centraba en las obras de la Ley, como medio de salvación. Y esto nos conduce al legalismo, al temor constante de no haber alcanzado el estándar deseado para obtener la salvación.

Aunque la epístola a los Hebreos está llena de exhortaciones para que los creyentes no seamos perezosos en nuestro desarrollo cristiano, sino que por el contrario, nos manda a trabajar arduamente y esforzadamente en todo lo que nos compete, no obstante, el autor no es legalista. Este trabajar en el crecimiento es un fruto de la salvación recibida por la sola gracia.

Si no estamos seguros de nuestra eterna salvación en Cristo, entonces el esfuerzo será escaso. Entre más seguridad tengamos de estar en estado de redención, mas compromiso tendremos para con el Salvador.

Siendo así, en los versos 18 al 20 el autor emplea cuatro figuras para llevar a los creyentes a una convicción absoluta de nuestra esperanza¹.

1. Un refugio.
2. Un ancla
3. Un precursor
4. Un sumo sacerdote

Dificultades y análisis

v. 18, 19, 20 ¿Cuáles son las dos cosas inmutables y fiables, en las cuales tenemos un fortísimo consuelo?

Estas dos cosas en las cuales podemos confiar plenamente son: La promesa de Dios y el juramento que él hizo sobre esta promesa. El autor dice que estas son dos cosas en las cuales es imposible que Dios mienta. No está queriendo decir que, si no hay promesa o

¹ MacDonald, William. Comentario bíblico. Clie. Página 997

juramento, entonces Dios puede mentir. De ninguna manera, “*sea Dios veraz y todo hombre mentiroso*” (Ro. 3:4). De él solo procede la verdad, en él no hay mentira. (Num. 23:19).

Estas dos cosas, que proceden de Dios, hacen imposible que la promesa de salvación se deje de cumplir. Nada en el mundo impedirá que Dios cumpla con sus planes.

Es por eso que Pablo, el apóstol, pudo decir “*Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo porvenir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada, nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro*”. Ro. 8:38-39. Su amor ha sido prometido para con los que creen en él, y su amor lo tendrán para siempre, nada estorbará esa promesa. Ella es fuente de consuelo para el creyente. La esperanza que alimenta esta promesa llena de ánimo y valor al creyente, para que en medio de las turbulencias del mundo, ocasionadas por Satanás y nuestro propio pecado, nos mantengamos firmes, siendo consolados y alegrados.

La bendición definitiva de la promesa dada a Abraham se cumple en Cristo, quien se convierte en la bendición eterna para todos los que confían plenamente en él para salvación. Los creyentes somos los herederos de la promesa dada a Abraham, como dice Pablo en Gálatas 3:26-29: “*pues todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús; porque todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo estáis revestidos. Y si vosotros sois de Cristo, ciertamente linaje de Abraham sois, y herederos según la promesa*”.

Esta promesa es tan segura, tan firme, que el autor de Hebreos se esfuerza en hacer conscientes a los lectores de esta verdad, usando algunos elementos conocidos por ellos.

1. Un refugio. “*Un fuerte consuelo tengamos los que buscamos refugio para asirnos de la esperanza puesta delante de nosotros*”. El presente mundo será destruido por la ira de Dios. “*Pero el día del Señor vendrá como ladrón en la noche; en el cual los cielos pasarán con gran estruendo, y los elementos ardiendo serán desechos, y la tierra y las obras que en ellas hay serán quemadas*” (2 Ped. 3:10). El mundo es como un gran barco que va a la deriva, la sociedad cada día se corrompe mas, se aprueban nuevas leyes que legitimizan la maldad, el cristianismo se aparta más y más de la santidad y corre tras los baales modernos. Este es un barco que va rumbo a su propia destrucción. El fin de los hombres malvados será terrible. Pero los creyentes no estamos temerosos, tenemos la plena confianza, así como “Cristiano” en el progreso del Peregrino de Bunyan, de que llegaremos a la Sión celestial, donde estaremos totalmente protegidos de la destrucción que vendrá sobre el mundo. Tenemos una promesa segura y una bendición inmutable.

Es interesante observar que la palabra usada por el autor es *katafugóntes*, la cual significa literalmente “*que buscamos refugio*”. La promesa juramentada del Señor, es una esperanza

que recibimos por medio de la fe, a través de la cual encontramos refugio, los que huimos desesperados. Nosotros somos como pobres hambrientos que huimos de la miseria buscando refugio, y este lo encontramos solamente en Dios. Como dice Calvino “*Con estas palabras el autor insinúa que nosotros realmente no confiamos en Dios, sino hasta que abandonamos cualquiera otra protección y corremos a refugiarnos en su firme promesa, teniendo la seguridad de que ella es nuestro único y seguro asilo*”².

Es posible que el lector original de esta carta haya evocado en su memoria las ciudades de refugio establecidas en la Ley de Israel. Los homicidas en Israel debían recibir la pena capital, es decir, la muerte, a mano del vengador. Pero había ciertos homicidios no intencionales, en cuyo caso el homicida no debía morir. Pero es posible que el vengador de la sangre lo persiguiera para cobrar la deuda con su propia vida. En este caso, el homicida contaba con un sitio de refugio, unas ciudades en medio de los levitas donde no podía entrar el vengador. Realmente era un tremendo consuelo para el homicida involuntario, quien huyendo de los que querían matarle, llegara a las puertas de estas ciudades de refugio, pues, allí su vida no corría peligro.(Números 35:9-28).

Pero si el homicida involuntario salía de la ciudad de refugio, y lo encontraba alguno de los familiares de la persona que él había matado sin culpa, entonces ellos podían matarlo conforme a la ley. El homicida se encontraba plenamente seguro dentro de las puertas de la ciudad de refugio. Los creyentes somos esos homicidas, esos pecadores que merecemos la muerte del vengador, pero si entramos a la ciudad de refugio por medio de la fe, a la esperanza que nos ha sido puesta, a la promesa que se ha cumplido en Cristo Jesús, entonces, estando en Él, no tendremos temor alguno del castigo divino, sino que viviremos para siempre amparados por la intercesión del Sumo Sacerdote.

2. Un ancla. “*La cual tenemos como seguro y firme ancla del alma, y que penetra hasta dentro del velo*”. Los navegantes suelen enfrentarse con fuertes vientos, huracanes y tormentas en alta mar. Debe ser una situación muy angustiante el encontrarse en una barca en medio de una terrible tormenta. El barco se vuelve inestable, las olas lo amenazan, el agua empieza a entrarse y no es fácil recibir ayuda en medio de esa circunstancia. La fuerza de las aguas puede llevar el barco a lugares más profundos, no hay estabilidad. Pero cuando los tripulantes logran encontrar un fondo marino rocoso o estable, lanzan el ancla, la cual se aferra firmemente al piso, evitando así que el barco ande a la deriva o se mueva a aguas profundas. El creyente, en medio de los vientos de duda y temor, puede asir la esperanza que ha sido puesta delante de él, como el ancla se entierra en el lecho marino para encontrar un punto de apoyo y resistir los embates de la tempestad o el accionar de las olas. La esperanza del creyente, cual ancla, se afirma no en esperanzas terrenas, sino en el Trono

² Calvino, Juan. Hebreos. Libros Desafío. Página 134

celestial, donde entró Cristo. Por eso el autor dice que esta ancla es segura y firme, no se deslizará, ni se doblará, sino que se mantendrá aferrada a la roca más alta que hay. El ancla no se ve, pues se encuentra en el fondo del mar, no obstante ella está presente y asegura a la barca. Lo mismo pasa con nuestra fe y nuestra esperanza, no la vemos con nuestros ojos físicos, pero ella está allí.

3. Un precursor. Lo que el creyente espera no es algo totalmente desconocido para la raza humana. Aunque no podemos comprender a cabalidad todo lo que es morar en la misma presencia de Dios para siempre, hay muchas cosas que nos son rebeladas en las Sagradas Escrituras. Hay alguien que en representación del hombre ya entró a la esperanza prometida y ahora la disfruta, pero espera que nosotros le alcancemos para también disfrutar para siempre con él. Este es Cristo Jesús. Él entró como precursor, el primero de los hombres. Lo cual nos asegura que nosotros también entraremos. El Hijo de Dios se hizo hombre para salvar al hombre, y como representante de esta nueva generación de hombres ha entrado hasta la misma presencia de Dios. Jesús abrió el camino por el cual todos los creyentes han de caminar. Un día estaremos también en la misma presencia de Dios, siguiendo las pisadas de Jesús. El autor usa la figura del santuario terrenal para representar al santuario celestial, es decir, el trono del Dios soberano. Hasta allí llegó Cristo, y hasta allí llegaremos un día nosotros. Es una esperanza segura y gloriosa. Por cierto, la palabra *precursor* usada por el autor es *prodromos*, y como dice Barclay: “*Su significado pasa por tres etapas (i) quiere decir uno que se apresura. (ii) Un pionero. (iii) Un explorador que se adelanta para ver si el terreno está bien para que puedan avanzar las tropas.*”³

4. Un sumo Sacerdote. Jesús, siendo hombre y representante de los hombres, ha entrado a la misma presencia de Dios, no solo como precursor sino como sacerdote intercesor. Pero no como cualquier sacerdote, sino como el único Sumo Sacerdote. El autor les recuerda a los lectores el gran día de la expiación que celebraban los judíos, donde, luego de ofrecerse los sacrificios por los pecados del pueblo, el Sumo sacerdote entraba al santuario para presentarse ante Dios e interceder por todos y obtener de esta forma el favor divino. Jesús, luego de dar su cuerpo como ofrenda por el pecado de su pueblo, se levanta de la tumba, y como el sumo sacerdote aarónico, entra al santuario, ya no terreno, sino al celestial, a la presencia misma de Dios, para interceder para siempre por nosotros y garantizarnos el cumplimiento de la promesa divina de salvación. ¿Podremos tener temor de que esta salvación no se complete en nosotros, cuando tenemos a un mediador que intercede por nosotros sentado a la diestra del Padre?

Nuestra esperanza es más segura que la que tenía el judío, pues, nuestro sumo sacerdote no entra al Santuario una vez al año, y nuestro sumo sacerdote no muere, sino que vive para

³ Barclay, William. Comentario al Nuevo Testamento. Clie. Página 897.

siempre, lo cual garantiza que siempre, aunque pasen los años y los siglos, nuestro redentor intercederá por nosotros.

En el verso 20 el autor dice que Jesús es nuestro sumo sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec. Aquí vuelva al tema que había interrumpido en el capítulo 5 verso 10, y continuará en el capítulo 7 hablando del sacerdocio de Cristo. Un tema un poco difícil para los cristianos de la iglesia del siglo I, pues, poco se había hablado sobre ese tema.

Aplicaciones:

- “De modo que el antídoto para la apatía espiritual y la apostasía es la renovación de la esperanza. Esta es la motivación para la fidelidad y el amor. La base de nuestra esperanza es la promesa de Dios, confirmada por un juramento. Como las promesas salvadoras de Dios ya han sido cumplidas para nosotros en la muerte y la exaltación celestial del Señor Jesucristo, esto nos da todo el aliento necesario para creer que aquellos que confían en Jesús compartirán con él la prometida herencia eterna”⁴

- Nosotros hemos pecado gravemente contra la Ley del Señor, y la condena de esta ley es severa, pues, el alma que pecare esa morirá. Tenemos a un vengador que nos busca en las calles, y de él no nos podemos esconder, de seguro nos encontrará. Pero si corremos presurosos a la ciudad de refugio, a Cristo, a la cruz del calvario, allí encontraremos al sumo sacerdote que intercede por nosotros y nos guardará, librándonos de una muerte segura. Su protección es para siempre, de modo que podremos vivir tranquilamente, sabiendo que el sacrificio de Cristo en la cruz nos libra de la ira de Dios.

- No hay razón para temer que las puertas del cielo se cierren a nuestra fe, ya que esta se encuentra anclada en Cristo, la cimiento de Abraham, quien ha entrado al cielo y hasta allí lleva nuestra necesidad para presentarla directamente al Padre.

- Solo podremos confiar plenamente en Dios cuando abandonamos toda confianza en nosotros mismos. Cuando miramos las profundas olas de la duda y el viento destructor del mundo y el pecado, entonces nos aferramos a Cristo y su Palabra, confiando solo en él, solo entonces, podremos descansar plenamente y tener la seguridad de nuestra salvación. Esta seguridad solo viene por la esperanza que tenemos en Cristo, del cual habló Dios a Abraham cuando le dio la promesa. “*La esperanza penetra a través de todos los obstáculos o inhibiciones hasta llegar al cielo, lugar de la presencia directa de Dios*”⁵.

⁴ Wenham. G. Nuevo comentario bíblico siglo XXI. Casa bautista de publicaciones. Página 1384

⁵ Clave lingüística del Nuevo Testamento. Ed. La Aurora. Página 430

- “El capítulo 6 de Hebreos, pues, no enseña que el creyente puede ser salvo hoy y perdido mañana, sino muy al contrario, presenta en lenguaje gráfico la base inmovible de nuestra esperanza, si apreciamos como es debido, el designio firme e inmovible del Omnipotente, que fue confirmado por el juramento que compromete todo su ser en cuanto al buen éxito del mismo, podremos tener fortísimo consuelo los que hemos acudido para asirnos de la esperanza puesta delante de nosotros. ¡Que tiemblen los apóstatas sin regenerar si insisten en no doblegarse de corazón delante de Dios; pero el creyente de corazón sumiso y sincero no tiene nada que temer! ¡la garantía es absoluta y tan inmovible como el Trono del Eterno!⁶

- Apreciado amigo, no trates de seguridad al barco de tu vida echando el ancla en el fango o en la arena movediza, si lo haces, tu barco va rumbo a la destrucción. Tus buenas ideas, tus buenas obras, la religiosidad humanista, la filosofía, eso no es más que arena movediza. Traba tu barco en la roca segura que es Cristo, solo en él, tu barca estará estable y segura. Si abandonas toda confianza en tus propias ideas o sentimientos, y la depositas solo en Cristo, encontrarás descanso para tu alma atribulada y Él llevará la barca de tu vida a puerto seguro.

⁶ Trenchard, Ernesto. Epístola a los Hebreos. Ed. Portavoz. Página 101